

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): ***Trae la Buena Noticia.***

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): **«Los confines de la tierra contemplan su victoria»**

2ª lectura (Hebreos 1, 1-6): **«Él es reflejo de su gloria.**

Evangelio (Juan 1, 1-18): ***Al mundo vino, y en el mundo estaba.***

En tiempos difíciles, como son estos para muchas personas, incluso la Navidad deja de ser Buena Noticia. El mensaje de paz, felicidad y salvación, que hacen repicar los campanarios de nuestras iglesias, queda ensordecido por la ausencia o la distancia del hogar. El hogar es el lugar donde se reúne la familia, donde se comparte la vida y el amor que une a las personas. Si este falta, como a muchos que han perdido su vivienda o a otros a quienes los problemas económicos hacen inhabitable la propia casa; o si este hogar está lejos, como el de los inmigrantes en España o el de los emigrantes españoles; si no hay lugar, por tanto, en el que reunirse a compartir el amor de los que quieres y te quieren, ¿cómo puede escucharse y recibirse la alegría del nacimiento entre nosotros del Hijo de Dios?

Jesús, el judío galileo, ese hombre que dicen los evangelios que pasó haciendo el bien, sanando y proclamando la justicia de Dios en el mundo, tenía un hogar en Nazaret, una familia y unos amigos, donde experimentó y compartió el cariño, los cuidados, las preocupaciones de unos por otros. Pero Jesús también se sabía parte del hogar que del amor de Dios brotaba y en el que siempre había vivido. El amor de una casa sin paredes, hogar de vida y luz, como dice san Juan, de todos los hombres y mujeres.

Precisamente por no tener fronteras ni paredes, el amor de Dios llega a todas partes y preferentemente allí donde hace más falta. Por eso el primer sitio donde habitó el Hijo de Dios, el fruto de su amor por y para el mundo, fue un pesebre, representando la oscuridad necesitada de luz, la frialdad que se ha de calentar, la sencillez y pobreza, que no buscan notoriedad sino la tierna mirada de amor. El hogar del primogénito de Dios sobre la tierra fue un oscuro, frío y humilde pesebre.

La presencia de Dios es “un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” que viene a “quedarse con todos y para todos”. Nosotros somos todos; también los que estamos a veces lejos de casa, “exiliados”, los que no encontramos cobijo, “desahuciados”, los que tenemos una familia en problemas o dividida, “como huérfanos”, o los que no sentimos el calor del hogar de Dios, “descreídos”. Jesús viene hoy, día de Navidad, a quedarse con todos, preferentemente con los que más necesitan ser queridos y protegidos en torno a las brasas del hogar.

Muchas personas reniegan de estas fiestas, no les gustan, les entristecen. La luz artificial genera demasiadas sombras. Sombras de ausencias, de tristeza, de enfermedad; sombras de familias rotas, de desempleo, de objetivos inalcanzados o inalcanzables... cada cual conoce y sufre sus sombras. Parece una contradicción. Cuando las navidades obligan a estar bien, aparecen con más fuerza las sombras. Encendido de luces, adornos, compras de regalos, lotería, consumo, comidas y más comidas: familiares, de trabajo, de amigos... todo un ritual pagano que disfraza la realidad y la adereza con algunos hilos de religiosidad. Demasiado artificial como para ser auténtico. Serán las navidades, pero... no es la Navidad.

Lo que celebramos estos días tiene que ver con las sombras y la noche en la que Dios nace. En un pesebre, pobre y rechazado, Dios se presenta como luz en la oscuridad, como esperanza en medio de la confusión y como promesa en la decepción. **«En medio de la noche brilla una luz»**. No es una luz artificial. Es auténtica, nueva y permanente. La apuesta de Dios por la vida de sus hijos. Es la verdadera Navidad. Un Dios que viene para quedarse e iluminar nuestras vidas. Acampa en nuestras sombras, no para engrandecerlas, sino para iluminarlas y aclarar el sendero que podemos tomar.

La luz de Dios nos moviliza ante la oscuridad y ante las sombras que nos invaden. Navidad es signo de vida y motivo de compromiso. Celebrar la Navidad es ver la realidad con la mirada de Dios. Al mirar el pesebre donde nace Dios, vemos los pesebres de la injusticia, de la violencia, del rechazo... donde tantos hombres y mujeres, hermanos nuestros, malviven. Al mirar el portal, vemos familias desahuciadas, expulsadas de sus hogares, sin sitio para vivir, al acercarnos para adorar al niño Dios, nos duele la injusticia y la desigualdad de nuestro mundo.

Navidad es signo de Dios y compromiso con la justicia. Una luz nueva invade todo, una luz que viene de las periferias, del reverso de la historia. Un Dios pobre y de los pobres que vuelve a nacer hoy, llenándonos y llenándolo todo con su claridad y que nos invita a cantar: **¡Gloria a Dios, vida para los hombres!**